



### 1. La historia trágica de una familia maldita

Los Atridas son todos unos malditos. Se los reconoce como los descendientes del rey Atreo, de allí el nombre del linaje. Una estirpe maldecida por los dioses y los hombres ya que se fundó con el derramamiento de sangre inocente. Generaciones y generaciones, envueltas en sangre y pasión. Oscuros tiempos de profundos enfrentamientos cuyo destino estuvo marcado por el asesinato: parricidio, matricidio, filicidio, fratricidio e incesto, entre otras abominaciones. Todo en un ciclo de violencia que no tuvo fin hasta que, definitivamente, pudo ser desatado.

Esta es la historia que comenzó con un pecado contra los dioses, una transgresión que fue más allá de los límites humanos, reclamando venganza divina.

Esta es la oscura y terrible historia de los Atridas.

Como todas las cosas, la maldición tuvo un origen. Comenzó con el rey Tántalo y llegó hasta el príncipe Orestes. En medio, existieron varias generaciones.

El rey Tántalo era hijo de Zeus y de Pluto, una diosa fluvial. Un día, Zeus – haciendo una excepción- lo invitó a la mesa de los dioses, en el Monte Olimpo. Esa mesa era exclusiva, ningún mortal era comensal en ella. El rey mortal, jactándose de tal invitación entre sus pares, para justificar ante los demás que verdaderamente había accedido a tal privilegio reveló -como garantía ante los terceros- los secretos que había oído en la conversación de la mesa divina. Esta indiscreción fue una grave ofensa ya que divulgó, entre los humanos, los designios ocultos de los dioses.

Para corresponder a la gentileza de la invitación divina, él -a su vez- convocó a los dioses a un banquete que organizó. Allí superó todo lo se podía esperar. Fue más allá del límite. Puso a prueba a todos los dioses. Deseaba comprobar, por sí mismo, si eran verdaderamente omniscientes, si podían llegar a conocer todas las cosas. Para este desafío les entregó a comer -a todos los dioses presentes- algo que él mismo, muy especialmente, había preparado con sus propias manos.

El rey Tántalo, antes de la fiesta y de manera absolutamente deliberada, había llamado a su hijo el príncipe Pélope, sin ningún aviso previo. Cuando su hijo, confiadamente, llegó, el padre, lo estrechó en sus brazos fuertemente. En ese abrazo llevaba escondida una daga. El padre le dijo al oído que era el abrazo de la despedida. El joven príncipe sintió por la espalda el ingreso profundo de la filosa arma. Le cortó la respiración. El padre sonrió: recién ahora estoy ofreciendo un sacrificio digno a los dioses, dijo.

El príncipe Pélope ya sin vida, cayó a los pies del rey Tántalo, el cual lo tomó y en un acceso de locura, entre risa y llanto a la vez- con sus propias manos, lo empezó a abrazar y con la daga comenzó a trocear y a descuartizar el cuerpo de su hijo.

Después de un largo rato, bañados en un fluir constante y abundante de sangre, tomó los miembros mutilados, los besó uno a uno y portándolos en una bolsa, fue a la cocina, siguió troceando y tiró las partes que no fueron usadas, luego preparó el fuego y asó la carne durante largo rato. Deseaba una comida única, exótica, muy especial como era su hijo.

La gran cena se realizó en el fastuoso palacio del rey Tántalo. Él quería divertirse y entretenerse con los dioses. Apetitosas y humeantes, las fuentes

atravesaban el salón en todas direcciones. Criados engalanados colocaban en los platos de los divinos comensales porciones de carne con hierbas y especias.

La mirada del rey Tántalo, sonriente e irónica, no dejaba ver sus intenciones. Con terrible atrocidad, intentó que los dioses comieran carne humana de un inocente, sirviéndola de manera muy tentadora y adornándola como una singular ofrenda.

Los dioses contemplaban, en silencio, sus platos sin moverse. Todos, en ese preciso momento, supieron, por su omnisciencia, lo que el monarca había hecho servir. Respetuosos e indignados, no comieron, excepto, Deméter, la diosa madre de la tierra, que por la tristeza de haber perdido a su hija Perséfone, a la que andaba buscando, la aflicción no le permitió darse cuenta y comió el hombro izquierdo del desdichado. Al probar el alimento se dio cuenta de que era carne humana de un omóplato.

Los dioses se horrorizaron del sacrificio que el rey había infligido a su propio hijo, presentado como el plato fuerte de la cena. Espantados por el crimen, reprobaban la acción del rey, además decidieron recomponer y resucitar a Pélope, ya que era una víctima inocente.

Inmediatamente, levantándose de la mesa, el dios Zeus ordenó al dios mensajero Hermes que reconstruyera el cuerpo del mutilado príncipe Pélope y lo pusiera en un recipiente mágico, sustituyendo el hueso de su hombro por uno ortopédico forjado de marfil, hecho por el dios Hefesto, herrero y orfebre muy delicado.

Las diosas del destino, las Moiras le dieron a todo el cuerpo y el alma del desventurado príncipe, un hálito de vida nueva.

El castigo otorgado al rey Tántalo -por los ofendidos dioses- recordaba la cena que el propio rey había preparado. Fue condenado a padecer hambre y sed eternamente. Lo enviaron al Tártaro, la parte más profunda del inframundo, reservada para los peores malvados. Allí sufrió un castigo eterno. Algunos dicen que estaba sumergido en un inmenso lago, cerca de un árbol con deliciosos frutos, cuando intentaba beber, el agua se retiraba y cuando deseaba comer, se apartaban de su alcance los frutos. Además había una enorme piedra que se balanceaba constantemente sobre su cabeza, amenazando con caer.

El príncipe Pélope, después haber sido resucitado, pasó un tiempo sirviendo a los dioses, en el Monte Olimpo, en agradecimiento por haber sido vuelto a la vida. Allí vivió mucho tiempo feliz. Sin embargo, a pesar de haber vuelto a la

vida, después de muerto, sin embargo, continuaba siendo un débil mortal. Lamentablemente mucho no duró allí. Fue expulsado por robar néctar y ambrosía de la mesa de los dioses, repitiendo -nefastamente- la acción de su padre.

A menudo los hijos reiteran los errores de los padres y escriben nuevamente la misma historia bajo la ley de las mismas equivocaciones. El príncipe fue exiliado, lejos de los dioses, en las lejanas tierras de un rey, Enómao, que tenía una hermosa hija, la princesa Hipodamía. El soberano no quería que la princesa se casara porque una profecía afirmaba que él moriría por acción de aquél que fuera su yerno.

La hermosa y joven princesa tenía muchos pretendientes, su padre –que no quería dar a conocer el fatal vaticinio- desafió a todos los solicitantes a concursar en una carrera de carros junto a él. Quien ganara se casaría con la princesa. Si los pretendientes perdían, serían -sin excepción- castigados con la muerte. Y siempre perdían, pues el carro del rey Enómao estaba titado por los caballos hijos del Viento...

Cuando se presentó el príncipe Pélope, la princesa Hipodamia quedó impactada por su actitud valerosa. Había algo en él llamativo y refulgente. Una presencia luminosa y singular. La princesa, al verlo, se enamoró de él y ella, conociendo la estrategia de su padre, le mandó a decir que sobornara al esclavo de su padre para que cambiara los ejes de madera de las ruedas del carro de su amo, el rey por unos de cera. El príncipe Pélope convenció al esclavo prometiéndole la mitad del reino. Así fue que el esclavo, en secreto, traicionó a su señor y amo. Cambió los clavos de bronce del carro real, aquellos que sujetaban las ruedas al eje por unos clavos de cera de abeja conservados en agua fría.

Cuando al día siguiente, la carrera comenzó, justo cuando el rey estaba alcanzando el carro del príncipe Pélope, fue entonces cuando las ruedas del carro real se soltaron debido a que los clavos de cera, por la fricción de las ruedas, se habían derretido. El coche se rompió, siendo arrastrado por los caballos. El rey murió al instante, debido a los golpes de su cabeza en el piso. Todo pareció un nefasto e inesperado accidente.

El príncipe Pélope, victorioso, aprovechando la ocasión, mató al conductor del carro real. El mismo que había traicionado a su rey por la ambición de poseer algo del reino del príncipe. Todos los presentes creyeron que el príncipe mataba al esclavo porque éste, por un descuido irresponsable en la conducción y dirección del carro expuso y terminó con la vida del rey a la vista de todos.

El esclavo, con su último respiro, de pie, con su mano en alto, frente a todos los presentes, cuyos gritos habían cesado, lo maldijo al príncipe, a toda su descendencia y a las generaciones venideras que llevaran su sangre.

El príncipe Pélope y la princesa Hipodamia, a pesar de la maldición ganada por el engaño con el cual accedieron al matrimonio, se casaron, fueron coronados reyes y tuvieron gemelos: los príncipes Atreo y Tiestes.

Durante muchos años, padres e hijos, vivieron despreocupados y casi se olvidaron de la eficacia de la maldición proferida. Prefirieron la conveniencia de no creer en ella. Sin embargo, el tiempo se encargó de refrescar la memoria. Fue cumpliendo todo, también la maldición. Con el tiempo todo llega, incluso lo que no deseamos, ni esperamos.

El rey Pélope, además, había tenido un hijo ilegítimo. Algunos dicen que con un ninfa; otros, con una esclava. Lo cierto es que ése era el hijo preferido, el favorito para heredar el reino. Los otros dos hermanos que mucho ambicionaban el trono, instigados por su madre, la reina Hipodamia, mataron a Crísipo, el hijo más amado.

Fue entonces cuando el rey Pélope, al enterarse, de la suerte de su hijo predilecto, profundamente dolorido, desterró a los otros dos incluso junto con su madre, la reina. Cuando murió el rey, los príncipes Atreo y Tiestes se enfrentaron, entre sí, por el trono.

Se coronaría a aquél de los dos que consiguiera un carnero cuya lana fuera de oro ya que ese animal era considerado un emblema monárquico. El príncipe Atreo, con dificultades, encontró –sin embargo– un singular carnero que tenía vellones de oro y lo sacrificó. El príncipe Tiestes, celoso, convenció a la mujer de su hermano Atreo de que él sería su amante y le daría sus bienes si ella le entregaba tan sólo un pequeño vellón de oro del animal. La mujer aceptó.

El príncipe Tiestes le propuso a su hermano que fuera rey aquél que poseyera, aunque fuera tan sólo un vellón de oro de tan extraordinario animal. El príncipe Atreo aceptó, sin sospechar nada del ardid que había tramado su hermano y su esposa, la cual era muy vanidosa y no tuvo reparos en traicionar a su propio marido con tal de seguir promoviendo su desmedida ambición.

El príncipe Tiestes, al otro día, presentó primero el vellón de oro del singular animal, por lo cual se convirtió en candidato seguro a ser coronado rey. Esa noche, para que la maldición corriera su curso, el dios Zeus envió al príncipe

Atreo un mensaje a través del dios mensajero, Hermes, presentándole una estrategia para que su hermano no se quedara con el trono.

El príncipe Atreo debía proponer el desafío de una prueba imposible, si al día siguiente se ponía el sol por el este, él sería el soberano, si se ponía, como siempre, por el oeste, el soberano sería su hermano, el príncipe Tiestes. Esa jornada, el dios Zeus todopoderoso, cambió el curso habitual del sol ya que sólo él podía hacer ese milagro, revirtiendo el curso natural del astro. Con semejante hecho, quedó claramente manifestada la preferencia y la elección divina.

El príncipe Atreo fue coronado rey ya el sol se había movido hacia atrás, de forma inversa a la ruta habitual en su trayecto en el cielo, una hazaña que sólo el omnipotente Zeus pudo haber llevar a cabo. El príncipe Atreo obtuvo el trono y lo primero que hizo fue desterrar a su hermano, competidor y adversario, el príncipe Tiestes. Se quedó con el reino y con la esposa de su hermano como reina, la misma que había traicionado a su esposo por ambición.

Se ejecutó así la venganza. Expulsó al destierro a su hermano y una vez que estuvo a solas con la reina, la que hasta ahora había sido su cuñada, no confiando en la avidez codiciosa de ella, desde la torre más alta del palacio real, la arrojó al mar.

Pasado un cierto tiempo, el rey Atreo, fingiendo estar arrepentido, manifestó querer reconciliarse con su hermano el príncipe Tiestes. Lo mandó llamar a la corte y -en su honor- celebró un banquete de paz y perdón. Al final del mismo, cuando su hermano, había comido y bebido, contento y satisfecho, el anfitrión presentó en una bandeja las cabezas, pies y manos de las víctimas que su hermano había comido. El príncipe Tiestes reconoció las partes mutiladas de sus cinco hijos en aquellos miembros despedazados. El rey Atreo los había hervido y servido a la mesa. El príncipe Tiestes, gritando horrorizado, ratificó - con su propia voz- sin saberlo las mismas palabras de la terrible y antigua maldición a los descendientes de su hermano, el rey Atreo, para que se cumpliera implacablemente en el nudo ciego del destino. A partir de entonces, los descendientes del rey Atreo fueron conocidos como los Atridas, el linaje doblemente maldito.

Cegado Tiestes por el poder de venganza y buscando la eliminación de su hermano, con el cual siempre competía, un oráculo le había aconsejado que si él tenía descendencia con Pelopia, su propia hija, ese hijo maldito -nacido del incesto- mataría al rey Atreo.

Como el odio no tiene límites y obnubila, el príncipe Tiestes, aunque la idea le resultaba horrorosa, sabía que sólo podía deshacerse de su hermano gemelo,

tan detestado, si cumplía el fatal oráculo. Cuando se acercó a su hija con esa perversa intención, a pesar de la resistencia de la desdichada joven, el acto incestuoso se realizó por la fuerza. El hijo que posteriormente nació del rey padre y de la princesa hija, fue llamado Egisto, con el tiempo, efectivamente, bajo la larga sombra de la maldición, que alcanzaba a todos, vivió para darle muerte a su tío Atreo, cumpliendo así el fatal oráculo.

Cuando Egisto nació, fue abandonado por su madre, avergonzada por el modo en que su hijo fue concebido. Cuando la princesa dejó al niño librado a su suerte, un pastor lo encontró y lo llevó a la corte del rey Atreo, su tío, el hermano gemelo de su padre. El rey, ignorando la procedencia del niño, lo amó, lo crio y lo educó como si fuera su propio hijo. Cuando el niño creció y se hizo mayor, la princesa Pelopia, que se enteró que el hijo que ella había abandonado hacía años, un pastor lo había llevado a la corte de su tío, el Rey Atreo, como signo de aprecio y como un silencioso pedido de perdón, le hizo acercar, por sus esclavos, a Egisto una espada. Esa era la espada que el príncipe Tiestes, el padre del niño había sacado a su hermano, el rey Atreo, quien ahora era el padre adoptivo de ese niño.

Cuando Egisto creció aún más y se convirtió en un joven valiente, el rey Atreo envió a buscar al príncipe Tiestes ya que aún se proponía, en secreto, darle muerte. Egisto no sabía que el príncipe Tiestes era su verdadero padre.

El joven, ignorando los propósitos del rey Atreo, su padre adoptivo, cumplió la orden, encontrando el paradero del príncipe Tiestes, su verdadero padre. El muchacho regresó, trayéndolo al príncipe, con la excusa de que su hermano, el rey, le proponía, después de tantos años, un encuentro fraterno de tregua entre ellos.

El príncipe Tiestes, una vez más, confiando en su hermano, fue llevado hasta la corte por su propio hijo quien casi no conocía, ya que su hija, la madre del entonces niño, lo había hecho desaparecer muy prematuramente. Una vez que estuvo el príncipe Tiestes en la corte, fue hecho prisionero, fue juzgado y sentenciado a muerte. El rey Atreo lo mandó ejecutar, sin dudar. El verdugo designado por el rey para ejecutar la sentencia fue su querido hijo adoptivo, Egisto, el verdadero hijo de la víctima. Egisto consideró esta distinción del rey, un privilegio ya que pensaba que el príncipe Tiestes siempre había sido un traidor al reino.

Cuando Egisto alzó la espada que llevaba para ejecutar a Tiestes, este reconoció en el arma del joven verdugo a su propia y antigua espada, gritando que se detuviera un momento, pidió que se le concediera su última voluntad. Así fue. No se le negó ese último deseo. El príncipe Tiestes, condenado a muerte, interrogó a Egisto sobre la procedencia de esa espada. Él le respondió que se la

había dado su madre. El príncipe suplicó entonces que, como deseo póstumo de un sentenciado a muerte, le trajeran a aquella mujer. Egisto no sospechaba que esa mujer, su madre verdadera, era la hija del príncipe Tiestes: la princesa Pelopia.

Ella acudió y, cuando se descubrió toda la verdad, tomó la espada que tenía en la mano Egisto, el hijo de ella y de su padre y se dio muerte ante todos. Egisto lloró y allí supo, por la confesión del príncipe Tiestes, que esa mujer era su madre.

El joven absolutamente perturbado por semejante noticia, no pudiendo comprender que había sido el instrumento para la muerte de su madre, tomó nuevamente la espada y fue a consultar el oráculo del dios Apolo, el dios de la verdad y de la luz, en la ciudad de Delfos. Una vez allí le fue revelada toda la verdad. Egisto supo que su padre era aquél condenado a muerte. Al regresar al reino donde se había criado y descubriendo todas las intenciones de su padre adoptivo y verdadero tío, buscó al rey Atreo y lo mató con la espada que le había regalado su madre. Luego Egisto y el príncipe Tiestes, su verdadero padre, reconciliados ante la muerte de la princesa Pelopia, reinaron conjuntamente en la ciudad.

Los hijos del rey Atreo, los príncipes Agamenón y Menelao, después de la muerte de su padre, se vieron obligados a huir, dirigiendo sus pasos hacia Esparta, donde el rey Tíndaro los recibió cordialmente y puso a disposición de los dos hermanos un ejército con el que lograron derrocar a su tío, el rey Tiestes, el cual estaba en el poder. El príncipe Agamenón fue entonces nombrado rey, en lugar del príncipe Tiestes y se casó con la princesa Clitemnestra, la hija del rey de Esparta. Ella ya se había casado, en primeras nupcias con un hijo de Tiestes, el cual fue muerto -en una batalla- a manos del que ahora era su esposo, el rey Agamenón. Cuando se casó con la princesa Clitemnestra, convirtiéndola en reina, el rey Agamenón arrancó violentamente al hijo de ésta, recién nacido, arrojándolo contra las piedras de un precipicio. No quería nada que perteneciera a su anterior marido. La desconsolada princesa Clitemnestra, habiendo perdido a su esposo e hijo, fue obligada a casarse con el rey Agamenón, el asesino de su familia.. Se casó forzada, aborreciendo a su esposo, el nuevo rey. A pesar de ello, tuvieron varios hijos: Ifigenia, Electra, Crisótemis y Orestes. Agamenón y Clitemnestra fueron nombrados reyes en la ciudad de Micenas.

El príncipe Menelao, el hermano del rey Agamenón, que había huido con él a Esparta, se desposó -nada menos- con la princesa de ese reino: Helena, legendaria por su proverbial hermosura. Ella, una vez casada fue raptada por el

príncipe troyano Paris, en virtud de una promesa de la diosa Afrodita que le concedió el favor de la mujer más bella al nombrarla a ella como la diosa más hermosa. Helena y Paris se casaron en Troya. La alianza entre jefes y guerreros griegos para rescatarla dio origen a la guerra de Troya.

El rey Agamenón, estuvo a cargo de la organización militar durante los diez años que duró la guerra. Al comienzo, la expedición no podía llevarse a cabo porque una calma total de los vientos impedía el desplazamiento de la navegación. Según el oráculo y la consulta realizada al adivino Calcante, el favor de la diosa Ártemis, que retenía los vientos irritada porque Agamenón había profanado el bosque sagrado de la diosa y había matado a una cierva consagrada a ella, sólo podía librarse si el rey Agamenón sacrificaba a su hija Ifigenia. Cosa que este hizo.

A la vuelta de la guerra, al rey Agamenón, lo esperaba un destino funesto. Su mujer había tomado como amante al hijo del rey Tiestes, Egisto. La reina Clitemnestra estaba irritada porque tenía varias cuentas pendientes con el rey Agamenón: la vida de su primer hijo muerto, el sacrificio de su hija Ifigenia que él había perpetrado –según decían- mediante engaños, la amante que traía de Troya, como un trofeo, la adivina Casandra, hija del rey de Troya y la muerte de su primer esposo.

La reina Clitemnestra recibió al rey Agamenón fingiendo alegría y hospitalidad. Una vez dentro del palacio, mientras su esposo tomaba un baño, fríamente lo asesinó con una espada, teniendo la complicidad de Egisto, su amante. La unión matrimonial de la reina Clitemnestra con el rey Agamenón había sido desventurada desde el principio.

Casandra que era una adivina desdichada ya que estaba condenada a no ser nunca creída, había vaticinado la muerte de su amante, el rey Agamenón, y su propia muerte. Nadie nunca le creyó sus vaticinios. Sin embargo, todos se cumplieron. Incluso cuando -en la misma Troya- anunció que la ciudad sería destruida. El dios Apolo le había asignado ese destino a Casandra por no haber correspondido el amor que le tenía el dios de la profecía.

Tras la muerte del rey Agamenón, la princesa Electra, su hija, envió a su hermano, el príncipe Orestes, fuera de la ciudad, temiendo que el amante de su madre, intentara acabar también con la vida del posible heredero. Cuando fue mayor, el joven visitó el oráculo de Delfos. Allí se le reveló que debía vengar a su padre. Se encaminó entonces a su patria y ofrendó un mechón de su cabello en la tumba de su padre a modo de ofrenda. La princesa Electra, su hermana, estando un día en la tumba de su padre, encontró ese mechón y, lo reconoció,

llena de alegría, supo que su hermano estaba cerca. Al poco tiempo se encontraron y planearon juntos la venganza contra su madre. El príncipe Orestes la llevó a cabo. Sabía que si el oráculo había profetizado, él nunca podía escapar de la rueda del destino. A pesar de su conflicto interior -vengar la memoria de su padre, matando a su madre- lo hizo.

La reina Clitemnestra fue asesinada por el príncipe Orestes. También corrió la misma suerte el amante de su madre, Egisto. Por cometer matricidio, las Erinias, espíritus vengadores, diosas aterradoras que se nutren del alma sin descanso de los asesinados violentamente, lo persiguieron hasta hacerlo casi enloquecer.

Esta persecución duró mucho tiempo. Sólo un dios y un solemne tribunal humano podían deshacer la fuerza de la maldición que recorría las generaciones de los Atridas. El príncipe Orestes fue juzgado en la ciudad de Atenas. Defendido Orestes por el dios Apolo y la diosa Atenea, el tribunal empató en la cantidad de votos de culpabilidad y de inocencia. Algunos lo veían como un asesino. Otros lo consideraban una víctima de su propio destino.

Por las palabras de la diosa Atenea que manifestaron una justa sabiduría, resultó absuelto. Con este acto, ratificado por los dioses, se desató, para siempre, la larga maldición que gravitaba sobre la familia de los Atridas, los reyes malditos.